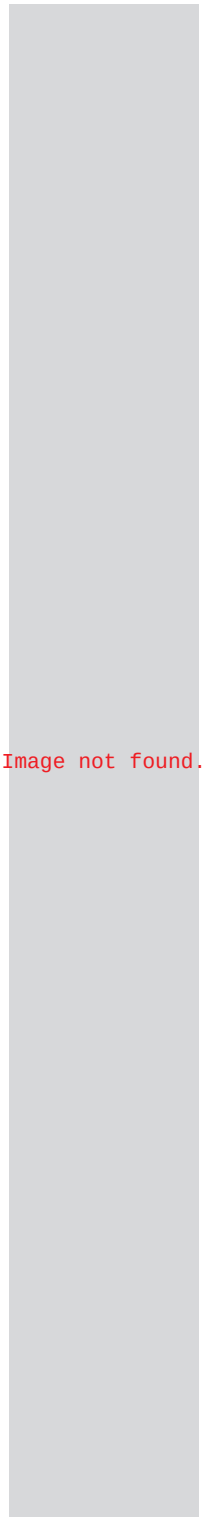
La limpia sigue (segunda Parte)

Pedro César Castillo Quiñones



Capítulo 1

La limpia sigue

Capítulo 2

SEGUNDA PARTE

Capítulo 3

"En la medida en que el sufrimiento de los Niños está permitido,no existe amor Verdadero en este mundo"

Isadora Duncan

Capítulo 4

I

Del otro lado de la moneda

- ¡No quiero que te hagan daño! Moriría si algo te sucediera.

Esmeralda, y su novio Nepomuceno, discutían tras un antro de mala reputación; un mezquino establecimiento donde servían pulque1, vodka corriente, Tonayán2, y demás bebidas alcohólicas de bajo presupuesto.

Esmeralda gimoteaba, muy leve, apenas perceptible. No quería que algún desconocido la viese llorar. Con sus sucias manos se limpiaba las lágrimas que caían por sus mejillas.

- ¡Tú no me amas! – Decía Esmeralda.

- No digas tonterías. ¡Claro que te amo! – Respondía Nepomuceno con su amargo vozarrón.

- Entonces… ¿Por qué me ocultas? ¿Te avergüenzas de mí? ¿Es porque no soy bonita?

Nepomuceno cambió de mirada. Su cadavérico rostro perecía ser más comprensible, mucho más tierno.

Los borrachos salían constantemente a orinar y a fumar en la parte trasera del antrucho. Nepomuceno miraba a esas personas con desdén. < Apesta a meados> pensó. Luego contempló a la callada Esmeralda. < Parece que tiene sueño>.

- Te ves cansada.- Dijo Nepomuceno. –Será mejor que te lleve a descansar.

Ella lo vio con tristeza, decepcionada de sí misma. De repente, un hombre totalmente alcoholizado, perdido completamente, salió tambaleándose del establecimiento, y vomitó no muy apartado de donde estaban ellos discutiendo.

- Será mejor que me regreses a casa.- Habló Esmeralda con voz sumisa.

Nepomuceno era una persona diferente cuando estaba con Esmeralda. A Nepomuceno, la gente lo admiraba como a un toro de lidia. Un ser que

siempre sale a pelear, que se enfrenta a quienes tienen destreza, una técnica. Siempre se enfrenta al riesgo; es alguien que prefiere morir peleando a ser un cobarde. Vivía en un pueblo de bárbaros, por lo tanto, él tenía que ser el más sobresaliente, el más cruel, astuto y sanguinario de todos; no se le puede cuestionar esa mentalidad.

Llevó a Esmeralda a su casa, y cuando bajó del carro para abrirle la puerta, la melancólica mujercita rompió en llanto.

- ¡Di que me amas! –Gritaba la desesperanzada muchachita. Nepomuceno, no hizo nada. Se quedó rígido, sin expresar sentimientos.

- Te amo.

- Pues, entonces di que somos pareja.- Esmeralda calló un momento. Tenía ilusiones de escuchar las más dulces palabras que le podían decir.

- Ya te lo dije. – contestó sin emoción aquel hombre rudo. – Si le cuento, a quien sea, lo especial que eres para mí, algo malo te sucederá. Bien sabes a lo que me dedico, jamás te he ocultado nada de lo que hago. ¡Comprende Esmeralda! Eres el único rayo de luz que brilla en mi sombría vida. Mantengámoslo en secreto hasta que mi vida, nuestras vidas, puedan mejorar.

Esmeralda lo besó, y después de haber escuchado sus palabras, se tranquilizó.

- Tengo que irme.- Dijo Nepomuceno. – Todavía tengo algunos encargos que realizar.

Los ojos de Esmeralda se cristalizaron. Estaba perdidamente enamorada de un Nepomuceno que era diferente al sicario que todos temían. Era gentil, amoroso, atento. Nepomuceno estaba a punto de retirarse hasta que Esmeralda lo sorprendió con una noticia.

- ¡Espera! – La voz de Esmeralda parecía un poco débil.

- ¿Qué pasa?

Ella tardó en responder. Jugueteaba con sus manos que no dejaban de transpirar. Sus ojos parecían agrandarse, y constantemente desviaba la mirada hacia otras partes.

- ¡Santo Dios! ¿Qué ocurre Esmeralda?

- Es que… ¡Ay! Me pongo muy nerviosa. No sé cómo decírtelo.

- Sólo dilo y ya.

- Está bien.

Esmeralda volteaba a ver las ventanas de los departamentos que los rodeaban. Jamás había visto tan desolado el lugar donde vivía. Todo se encontraba tan oscuro, y sólo podía escucharse la suave brisa sacudiendo suavemente las hojas de los árboles.

- ¿Y bien? – dijo Nepomuceno.

Ella suspiro tranquilamente.

- ¡Vas a ser papá! – Ella llevó sus manos a la cara, cubriendo su boca y su nariz como en una especie de cuevita, y sus pupilas estaban hacia arriba, mirando fijamente a Nepomuceno. Esperaba su reacción. –Estoy embarazada.

Él no decía nada. El silencio del lugar se hacía cada vez más notorio. Ni siquiera se apreciaba el sonido de los automóviles pasar, ni el más leve susurro de la calle.

- ¿Está bien?- Pregunta Esmeralda.

- Está excelente. Que agradable noticia.- Decía Nepomuceno. – Ahora tengo otra razón por la cual hacer que esto valga la pena.

- ¡Te amo!- Volvía a decir Esmeralda.

- Yo te amo más. Ahora, habrá que pensar cómo cuidar a nuestro hijo. Te prometo que siempre cuidare de ti y del bebé.

Entonces Nepomuceno abrazó a Esmeralda, mientras se acurrucaban amorosamente, el celular de Nepomuceno comenzó a sonar.

- Tengo que irme.- Dijo Nepomuceno.

- Lo sé. ¡Cuídate por favor!

- Ahora más que nunca.

Nepomuceno se retiró, partió rumbo a hacia San Felipe, donde los esperaban sus compañeros sicarios.

< Ahora vas a hacer papá.> pensaba. < Tienes que ser un mejor padre

que el tuyo. Esmeralda confía en ti, no puedes defraudarla>.

El camino a San Felipe estaba rodeado de árboles altos y frondosos. Era una fortaleza que la naturaleza resguardaba a capa y espada. Los sicarios se protegían de los militares y de los oficiales en aquel páramo sin habitantes. Nadie se acercaba a San Felipe, y quien se atrevía a ir jamás regresaba.

Nepomuceno encendía el radio, y sintonizaba una estación, frecuencia am, que trasmitía música de banda3. Meditaba su situación, y las posibilidades de criar a un hijo. < ¿Cómo seré un buen padre si el mío estuvo ausente?>

Llegó sin dificultades a San Fernando. Las luces apenas alumbraban el lugar. Se bajó de su automóvil, escuchó un pavoroso lamento. Los gritos de una voz desconocida, provenían de la choza principal.

Entro despacio. Pasó el arco de madera de la puerta, mohosa y astillada, y observó a sus compañeros sicarios, que estaban torturando a un fulano que estaba amordazado en una silla de metal, completamente inmovilizado de pies y manos.

- Miren quién ya se dignó a venir.- Habló un fiel amigo de Nepomuceno, otro narcotraficante llamado Juan Pablo; y cuyo apodo era "El rey del norte".

- Ahuevo que iba a jalar para acá. ¿Qué tenemos aquí?- pregunta Nepomuceno.

- Ven, mira, te enseño a este hijo de su puta madre. ¡Es un asqueroso tequilero4!

- ¿Y qué planeas hacer con él?

- Matarlo como el insecto que es.

Cuando el fulano escuchó que lo iban a matar, comenzó a agitarse exaltado. – ¡Auxilio! ¡Piedad!- gritaba el hombre de baja estatura.

- Pinche enano, cómo molestas.- Juan Pablo lo golpeo con su puño adornado de gordos anillos. El puñetazo le rompió dos dientes al desgraciado.

Nepomuceno se inclinó para conversar con el prisionero. Vio que su rostro ya estaba deformado por la tremenda paliza que sus compañeros le proporcionaron.

- ¿Qué hace un tequilero merodeando en zonas que no son suyas?- preguntó Nepomuceno.

El hombrecillo intentaba alzar su morena cara. Sus ojos parecían estar cerrados por la inflamación de los golpes.

- ¡Señor! –Habló con un acento muy peculiar; era amuzgo5. -¡Por favor! No entender porque hacerme esto.

Juan Pablo miró con ojos asesinos al achaparrado varón de tez color café.

- No te hagas pendejo. –Vociferó Juan Pablo.- Me cagan los cabrones como tú- Y lo señaló violentamente.

Nepomuceno miró a su amigo, y en tono bajo le dijo – "tranquilo". Espero a que su amigo se calmara, y prosiguió con el interrogatorio.

- ¿De dónde eres niño? – Nepomuceno encendía un cigarrillo.

Antes de que el interrogado contestara, de nuevo Juan Pablo se alteraría, pero ahora contra su amigo Nepomuceno.

- ¡¿Qué te pasa Más Tuerzo?! Tú no eres así. Tú ya le hubieras clavado un machetazo en los ojo por andar de metiche. ¿Qué te hace estar tan relajado? Mata a esa mierda de persona.

El hombre atado en la silla comenzó a llorar, y comenzó a rezarle a Nuestra señora de Guadalupe6, pidiendo clemencia por su alma.

- ¿Por qué hace esto señor? – hablaba en ahogados llantos el hombre amordazado.

- ¿Qué dijiste?- preguntó Nepomuceno.

- ¡Señor! Tenemos mismo color de piel. También tengo sueños. ¿Por qué hacer esto a los de su misma raza? Escapar de mi hogar para ir a México, y buscar trabajo pa' comer. No soy tequilero. ¿Cree que un tequilero sería como yo? ¡Por Jesús de Nazaret, perdóneme la vida! Dejarme vivir.

Nepomuceno escuchaba las risas de sus compañeros, que también hacían paródicas imitaciones de la forma de hablar del hombrecillo. Por años, Nepomuceno jamás había sentido compasión por alguna de sus víctimas, sin importar su edad, o su sexo, Nepomuceno las aniquilaba por igual. < Soy un toro bravo>. Pensaba. < No puedo hacerme blando. No me rajaré con esto. Soy "El más tuerzo" el sicario más respetado por todos, el más temido>. Nepomuceno desenfundó su arma que llevaba puesta en cinto, y

le apunto en la frente.

- Te creo que no seas un tequilero… pero tu mala suerte te llevó a donde no tenías que haber llegado. Lo siento. – Entonces le disparó.

El amuzgo murió instantáneamente.

- Entierren a éste.

Juan Pablo se acercó a Nepomuceno para charlar en privado.

- ¿Vas a enterrar a un tequilero de cagada?- Hablo exaltado Juan Pablo.

- Él no era tequilero Rey. Sé de memoria cada nombre, cada rostro de esos pendejitos que juegan a ser narcos. Fue solamente alguien con mala suerte.

- Buen pudo ser un serrano cualquiera, al cual los tequileros le pagaron para venir a espiar.

- Pues, de qué te preocupas; ahora está muerto.

- Pudimos sacarle la sopa antes de morir.- Replicaba Juan Pablo malhumorado. – ¿Ya olvidaste los mensajes que los tequileros nos mandaron en los cadáveres de nuestros amigos, de nuestras familias? Ellos quieren poner a sus candidatos en la presidencia municipal. ¿Sabes lo que aquello significa? Significa que nos quitarán a nosotros, y adiós dinero. ¡Adiós a los negocios y a la protección que tenemos! Y entonces, un nuevo baño de sangre azotará las calles, y eso implica decenas de reporteros queriendo dar a conocer la información que los tequileros autoricen. ¡No podemos bajar la guardia así nomás Más tuerzo! Hay que ser más listos que ellos. Son novato, nosotros cargamos con cierta experiencia.

Juan Pablo recargó su mano izquierda en el hombro izquierdo de Nepomuceno.

- Sé que tienes algo, te conozco desde morillo, llegamos juntos y creo que sé cuándo te preocupa algo. No te apures, nadie aquí se ha dado cuenta. Todos son unos inútiles. En fin, sea lo que sea, resuélvelo. Tus sentimientos afectan tus acciones. Piénsalo.

Nepomuceno y sus compañeros dieron cristiana sepultura al serrano asesinado, inclusive, se mandó a traer a un sacerdote para que diera una misa, y una santa sepultura. < Ahora que vas a ser padre, debes controlar más tu temperamento, sino, ese niño crecerá sin ti.> Pensaba Nepomuceno, mientras lentamente descendía el ataúd del desafortunado

indio.

Capítulo 5

II

Se una zorra

Se una zorra me dijeron incontables veces. Que es mejor pedir perdón que pedir permiso, que sólo se vive una vez, y que la vida está hecha de momentos. Algún día escuché a un hombre sabio decir: "En la vida, hay tres cosas que nunca vuelven a repetirse; Número uno, la edad, dos, el tiempo, y tres, las oportunidades." No sé cuánta verdad se oculta en esas palabras, pero me dejaron pensativa. Para algunos, la edad es un limitante. Cuando se es joven, la edad es el pretexto perfecto para prolongar los proyectos y los quehaceres, y cuando se es viejo, la edad es la culpable de no poder realizar los trabajos. En un parpadeo, el tiempo arrasa con todo lo que percibimos. A pasos cortos, el tiempo transforma la metería, cambia a las personas, las rutinas, los gustos, la cosmovisión de los individuos, y hasta las ideas imperantes del momento. Sobre las oportunidades, bueno, es de sabios elegir bien las oportunidades que se nos presentan, saber elegir en el momento adecuado, sino, uno puede llegar a arrepentirse durante toda una vida por la falta de criterio, o de valor.

Recuerdo negras emociones, de las cuales no he querido ahondar más allá de las mismas, cuando tenía doce años, y cuando toda mi vida cambió en un abrir y cerrar de ojos.

- Te amo.- Le dije a Gil, que en ese entonces era mi novio. El volteó a verme con indiferencia. Sus ojos adustos, y su mirada seria. Tenía unas cejas pobladas que acentuaban sus emociones faciales. Su cuerpo era escultórico, fornido, de espala ancha y brazos grandes.

- ¿Por qué siempre dices pendejadas Esmeralda? – Me contestó con reproche.

- Perdóname… pensé que.

- ¿Pensaste qué?- me robó el habla entonces- ¿Qué hicimos el amor? Mi reina, tú y yo sólo cogimos.

Cuando tenía doce años, me sentía demasiado fea, sentía que no era atractiva para nadie porque era demasiado "plana", como suelen decir los hombres; "una tabla". Cuando conocí a Gil, él tenía diecisiete años, y fue

uno de sus amigos quien me dijo que le gustaba.

Recuerdo que corrí emocionada a mi casa, para poder escribir en mi diario lo feliz que estaba porque un chico se había fijado en mí. Las famosas mariposas en el estómago revoloteaban danzantes, y mi corazón latía como una caja de ritmos. Por primera vez sentía que me enamoraba.

Gil me habló por primera vez saliendo de la escuela. Se acercó con su actitud de galán, encendió un cigarro, y me arrinconó en una pared. Mis piernas temblaban, y mis ojos no podían dejar de verlo. Su voz era gruesa, y un poco aguardentosa, pero al mismo tiempo era cautivadora, meliflua y gentil. Esa tarde quedamos en salir el siguiente viernes, me abrazó, y luego se robó mi primer beso. Ese beso me excitó, pero no por lujuria, sino por un cándido enamoramiento.

No tenía amigos a quien compartirle mi euforia. Todos en la escuela decían que era una asquerosa anoréxica. Me llamaban "cadáver viviente" "momia" "zombi muerta de hambre"

Esperé el viernes derramando ansias, y al salir de la escuela, corrí al baño de mujeres para cambiarme el uniforme escolar. Era la primera vez que me maquillaba, la primera vez que mis labios sentían el espeso lápiz labial, el cual había robado del tocador de mi madre.

Esperé a Gil recargada sobre el mismo muro donde me robó mi primer beso. Gil debió haber tardado unos veinte minutos más allá de la hora acordada, pero eso no me importó, el tiempo se congeló, parecía correr menos rápido.

Llegó, y el cielo pareció despejarse. Miles de trompetas, clarinetes, y diversos instrumentos musicales retumbaron en mi mente.

- ¡Qué onda!- habló con su ronca voz. - ¿Nos vemos o qué?

- ¡Claro!- Le dije con cierto titubeo.

Salimos a pasear a un parque local. Nos sentamos en una banca, y encendió un cigarro.

- Fumas mucho.- Le dije.

- Lo normal.- Contestó inmediatamente.- ¿Se te antoja ir a una peda?

- ¿Una peda? <Jamás he ido a una. Nunca he saboreado el sabor de la cerveza, o del alcohol en general.> - Vale.- le dije, y él me sonrió con

un encantador brillo.

Al caer la noche fuimos a una casa, medio retirada del centro de la ciudad. Entramos, y un titipuchal de chicos, entre diecisiete y dieciocho años andaban bebiendo e inhalando marihuana. La casa apestaba a tabaco, y el piso estaba pegajoso por el alcohol derramado. Un decenas de colillas minaba el suelo de la casa, y un humo denso cubría a las parejas que se manoseaban en las esquina.

- Bebe esto.- Gil me dio un vaso rojo.

- ¿Qué es esto?- Olía a una mezcla con sandía y alcohol.

- Es un agualoca.

- ¿Agualoca? ¿Y qué lleva?

- Pues ésta es de sabor sandía. Lleva Tonayán, agua en polvo de sandía, revuelta con bebida energética.

Doy un primer sorbo, y el sabor dulce de la bebida atrapa mis papilas gustativas. Casi no sabía a alcohol, sentía que fácilmente podía beber más de cinco vasos y no embriagarme.

- Vamos a bailar. –Dice Gil cuando pusieron una canción que se llama "Darte un beso2".

Nos meneamos en la pista hasta quedar exhaustos, completamente sudorosos, calenturientos. Él deslizaba sus manos sobre mi espalda, y después las enganchaba en mi cintura. Él era mucho más alto que yo, así que con esfuerzo podía rodear su cuello con mis manos. Después de varias canciones más, nos besamos hasta devorarnos. Sus manos apretaban con fuerza mi glúteo, y yo dejaba caer mi cuerpo sobre su pecho.

De repente uno de sus amigos se acercó, y saludando eufóricamente, nos ofreció unos cuadros3.

- ¡Ahuevo! ¡Qué chingón eres! ¡Mi salvador! Ja, ja, ja. ¿Tú no quieres?- Gil me ofreció un ácido, pero siempre había tenido cierto tabú contra las drogas, ideas que bien podrían ser falsas, pero que la familia me inculcó hasta el cansancio.

- ¿Qué es eso?- Pregunté inocentemente.

- Es un ácido. Mira, si quiere sólo métete la mitad de uno, para que lo conozcas y lo pruebes.- Estuve a punto de aceptar su oferta, pero no lo

hice.

- No. Prefiero seguir bebiendo nada más.

Gil, se me quedó viendo raro, y no dijo nada. Después desvió la mirada a su amigo, y le dijo "perdónala, apenas es una niña". Luego su amigo me miró y me dijo: "Está bien. Otro día lo pruebas con nosotros, en otro ambiente". Cuando su amigo se retiró, Gil me pidió que le sujetara el vaso. – Voy al baño, no tardo. Espero que esta noche no te niegues a todo, ja, ja.- Fue lo último que dijo antes de irse a mear.

La fiesta proseguía, y la mayoría se hallaba dopado o borracho. Las personas seguían entrando y saliendo, el alcohol parecía no terminaría. En la mesa había botellas de ron vacías, de tequila, de vodka y de cerveza. < Si no estuvieran drogados estos muchachos, seguramente se desesperarían.> pensaba muy en el fondo de mi mente.

En lo que esperaba a Gil, una mujer, como de dieciocho años aproximados se me acercó, se postró frente a mí, y con mirada juzgadora me miró de pies a cabeza.

- ¿Neta Gil me cambió por esta escuincla de diez de años? ¡Uf! ¡Pinche pedófilo de mierda!

- ¿Disculpa? – Contesté ardida.

- Es que no mames… ¡¿Qué edad tienes?!

- ¿A ti qué te importa? ¿Tú quién eres además?

- Soy la ex de Gil, y sólo te digo que, si quieres que Gil se fije realmente en ti, tienes que darle más que unos besos.

Mis labios se secaron, se agrietaron como si estuviesen deshidratados. Poco comprendía de lo que esta mujer me decía.

- ¿A qué te refieres?- pregunté ingenua.

- No te hagas la que suda agua bendita de entre sus piernas. ¡Se una zorra! Gil tiene la fantasiosa idea de querer cogerte esta noche, y si conozco bien a Gil, te llevará a uno de esos nuevos moteles que abrieron rumbo a la carretera libre, así que, ya lo sabes, abre esas piernas si no quieres que te bote.

- ¿Por qué me dices esto?- Sentía ganas de llorar. Por alguna extraña razón me sentía débil, indefensa. Volvía a sentirme fea, poco

interesante.

- Considéralo como una ayuda. Se nota que eres una chica tierna, sensible, y que está clavada. Es un consejo de mujer a mujer.- Entonces se despidió de mí, como si hubiésemos hecho un laso de amistad verdadero.

< Si no me acuesto con Gil esta noche me abandonará. Nunca un hombre se había fijado en mí, y no quiero que me abandone sólo porque actúo como una niña. ¡Debo crecer! ¡Debo ya ser una mujer!>

Gil regresó, tomó de nueva cuenta su trago, y la bebió de un solo sorbo.

- En fin…- dijo Gil – No te parece que esta peda se puso un poco aburrida. ¿Y si mejor nos movemos a otra parte?

- No lo sé Gil. –Contesté con miedo.

- ¡Vamos! Aunque sea un ratito vamos a divertirnos a otro lugar.

Entonces por mi cabeza pasó la idea de ir al motel con Gil. Mis padres creían que me encontraba en casa de una amiga haciendo un proyecto escolar, por lo tanto, tenía todo el tiempo del mundo a mi favor.

- Está bien.- dije – Vamos a donde tú me digas.

- ¡Genial!- Exclamó, y luego salimos de la fiesta sin despedirnos de nadie. Me monté en su carro, y arrancó rumbo a la carretera libre.

No me convencía al cien por ciento la idea de tener relaciones sexuales a mi edad, pero durante el trayecto, Gil no paró de hablar de lo seguro que es tener sexo con protección.

Gil condujo un buen trayecto hasta que se detuvo en el estacionamiento de un motel bastante austero, y un poco desolado en sus alrededores.

- Pues a darle. –habló mientras bajaba del carro y se vestía con su chamarra de cuero.

Al entrar contemplé la recepción vacía. Gil tuvo que llamar un par de veces en un timbre para que pudieran recibirnos, y darnos las llaves de nuestra habitación. Gil se encargó se firmar todo el papeleo, y una vez que firmó cada hoja que le dieron, le entregaron una llave sujeta a un llavero de madera bastante gordo.

- Vamos a la habitación PH6.- Me dijo Gil algo sobre emocionado.

Al caminar por el pasillo del motel escuchaba los gemidos de las mujeres que tenían relaciones sexuales. En su mayoría eran prostitutas, "suripantas", como suele decirles mi padre.

Llegamos tranquilamente, sin apuros. Fue excitante el momento en el que poco a poco me adentraba en la oscuridad de la habitación. Escuché como la puerta se cerraba tras de mí, y sin encender la luz, Gil metió sus manos por debajo de mi blusa, aferrando y apretando sus manos sobre mi busto, acariciando mis pezones.

Me sentía torpe, una novata. Me arrodille frente a sus piernas e intenté desabrochar su zipper. Desabotoné su pantalón, él se quitó la trusa que llevaba, luego lo miré a los ojos; él me miró con ojos infernales, y luego colocó sus grandes manos atrás de mi nuca.

- Abre bien la boca.- Me dijo mientras le realizaba sexo oral.

Sentía que me ahogaba, y por momentos, las ganas de vomitar me hacían doblar el estómago. Era una textura viscosa, sin gracia realmente, sinsabor, sin chiste.

- No utilices los dientes – me dice.- Vamos, ¡más rápido! ¡Así! ¡Oh sí! Usa tu lengua en la puntita. ¡Ah! También puedes usar las manos.

- Avísame cuando vayas a venirte- le hablé con una suave voz de niña.

- ¡Sí, sí! No te preocupes- me contesta, pero algo me decía que me estaba ignorando.

Sólo podía contemplar su cara de satisfacción. Hacía expresiones de placer; él ni siquiera me miraba. Quizá sólo estaba utilizándome. < Tu cuerpo es un templo. Sólo ofrécelo a una persona> me dijo mi madre en alguna ocasión. < Los hombres intentarán hacer cualquier cosa por acostarse contigo. No pierdas tu integridad> Mi madre está chapada a la antigua, este es mi cuerpo, y yo decido con quien acostarme, a quien chupársela. Por primera vez me siento bonita, deseada por alguien, si me niego a lo que me piden podrían abandonarme, y me sentiría fea.

De repente escucho el breve orgasmo que Gil hace. Sus piernas temblaron cuando se vino en mi rostro.

Mi cara quedó pegajosa, y sentía que no podía articular los movimientos de la cara.

- No me avisaste.

- ¡Calla!- Me contestó agresivo –Recuéstate en la cama.

- Pero ya acabaste… - ¿Estás sorda? ¡A la cama!

Entonces me apretó firme del brazo, tanto que marco sus dedos y me dejó moretones. Después me aventó sobre la cama; mi cabeza chocó con la cabecera.

- Abre las piernas. – Vociferó.

- ¡Espera! ¡Ya no quiero! No traes protección, basta.

- Por eso Dios les hizo ano a la mujeres- Voltéate.

Se encimó sobre mí cuerpo, y bloqueó el movimiento de mis muñecas con sus manos. Luego, de forma brusca fue introduciendo su miembro dentro de mí. Dolía mucho, demasiado. Comencé a llorar, y eso parecía excitarle un poco más. Sentía como si una lija estuviese cercenando mi piel, tanto por dentro como por fuera. Me aguantaba el lloriqueo, intentaba no expulsar lágrimas, pero entonces Gil comenzó a golpearme la cara. – Grita con un demonio. ¡Quiero oírte gritar! – Comencé a llorar como me lo ordenó. Después comenzó a azotar mi cabeza contra el colchó, jalándome del cabello. Su cuerpo era cada vez más pesado, sus uñas ahora se convertían en rajantes garras, y su mandíbula mordía mi cuello; dejó marcado sus dientes en toda mi espalda.

- ¡Quiero que implores! ¡Hazlo!- otra vez sacudía mi cabeza. Sujetó mi cuerpo, y lo volteó sin dificultades. Ahora me penetraba por la vagina.

Me sentía quebrantada, partida por la mitad. Juro que intentaba pedir piedad, pero mi cuerpo estaba abatido.

- ¿En verdad crees que con tu silencio voy a desistir? ¡Quiero que implores, o no me detendré!

- Para… - hablé tan quedo, imperceptible.

- ¡¿Qué dijiste zorra?! ¡Grita como la puta que eres!

- ¡Ya no por favor!

- Más fuerte perra.

Grité hasta que mis pulmones se quedaron sin aliento. Sentí el último jalón en mi cuerpo, hasta que por fin se tranquilizó.

Se levantó de la cama y comenzó a recoger su ropa y a vestirse.

- Te amo.- Le dije a Gil, que en ese entonces era mi novio. El volteó a verme con indiferencia. Sus ojos adustos, y su mirada seria. Tenía unas cejas pobladas que acentuaban sus emociones faciales. Su cuerpo era escultórico, fornido, de espala ancha y brazos grandes.

- ¿Por qué siempre dices pendejadas Esmeralda? – Me contestó con reproche.

- Perdóname… pensé que.

- ¿Pensaste qué?- me robó el habla entonces- ¿Qué hicimos el amor? Mi reina, tú y yo sólo cogimos.

Capítulo 6

III

Nepomuceno

Nepomuceno se encontraba bajo un deprimente techo de lámina. Se resguardaba de la tormenta que azotaba a la Ciudad Renacimiento. Dentro de esa pocilga vivía, dentro de ese menesteroso castillo armó su hogar.

Caminaba y encendía un cigarro, luego tomaba una botella de mezcal y la bebía como si fuese agua. No tenía luz eléctrica su morada, la única fuente de luz que tenía eran un par de velas casi extintas. En su mesa había platos de unicel sucios, latones de cerveza vacíos, y manchas de restos de comida adornaban el suelo.

Nepomuceno se recostó en un parchado colchón inflable, se quitó la gorra que calentaba su cabeza, y se rascó como si tratase de arrancarse el cuero cabelludo. Su mirada de ebrio se perdió en la inmensa soledad de su habitación, y en la esquina más apartada, miró con nostalgia un viejo retrato de su madre que colgaba en la pared. Se levantó bamboleante, infló su pecho; intentaba hallar paz en su mente. Luego fue por la fotografía que lo seguía con la mirada, la tomó entre sus manos y comenzó a balbucear un dolor ahogado.

- ¿Por qué me miras a sí madre? – Sus dedos tañaban la fotografía que estaba protegida por una funda agrietada.

Volvía a su cama abrazando cariñosamente el retrato de su madre.

- No me vea así mamá- Sus ojos se cristalizaron, y unas lágrimas comenzaban a brotar. – si usted estuviera en el lugar mío, entendería cómo soy yo, porqué me volví así. ¡Usted fue quien me hecho de la casa! Después de que metieran a mi hermano en la cárcel.

Nepomuceno llevaba años viviendo solo. Desde niño se fabricó la idea de que tenía que ser un hombre para poder sobrevivir. < "Como desearía poder tener otra vida, no ser el mismo"> pensaba.

Nepomuceno tenía ocho años cuando inició su vida como sicario. Era uno de los tan famosos "niños sicarios". Fue un chico que desde temprana edad cambió los juguetes por las armas, las golosinas por las drogas, el amor por el dinero. Desde niño se encontró con gente que quería matarlo, gente que lo acosaba con la mirada y decían "ese es el niño que siempre

está asaltando. ¡Vamos a por él!”.

- Perdóneme madre. –Se desplomaba en llanto - Si usted me hubiese dado amor, quizá no estaría ahorita en esta situación.

Nepomuceno cayó al suelo, y empezó a dar puñetazos contra el suelo; unas pequeñas cucarachas corrieron asustadas al sentir los impactos en la tierra.

Los recuerdos de la primera vez que Nepomuceno asesinó a alguien herían su cabeza. No tendría más de 10 años cuando lo hizo.

Principiando su historia, nos encontramos con un niño tranquilo, inseguro de sí mismo, que hasta ahorita, solamente se ha dedicado al hurto.

- Oye, niño… ¡ven! – Un hombre en la calle capta la atención de Nepomuceno.

- ¿Qué transa1? – Dice Nepomuceno.

- Te propongo un plan muy chingón. ¿Te late? – Dice el extraño hombre de la calle.- ¿Quieres ganar más dinero de lo que ganas robando?

- ¡Órale! ¿Qué tengo que hacer?

- Lo que tienes que hacer es muy sencillo.- El hombre saca de su cartera una fotografía. – Tienes que entrar a la casa de este wey, y matarlo. Después mis compas3 y yo entraremos y robamos su casa. ¿Te late?

- ¿Dónde vive?

- No muy lejos… como a 10 minutos de aquí.

Nepomuceno no despegaba la vista del hombre retratado. < Viste muy elegante> pensaba. < Debe ser de eso hombres que son abogados, o arquitecto> Entonces miró el paisaje de la fotografía. Parecía una reunión muy formal, como una fiesta de empresarios. El señor estaba acompañado con su esposa. < ¡Qué guapa! ¡Me casaré con una mujer así algún día!>

- ¿Con qué lo mato, o qué onda?

- ¡Con este cuete2! – El señor de la calle puso en las pequeñas manos de Nepomuceno una pistola.

Nunca en la vida Nepomuceno había sujetado un arma de fuego.

- No sé disparar. – Dijo Nepomuceno.

- Es sencillo. Llegas, apuntas y ¡boom! Adiós sesos. ¿Nunca has matado a alguien?

- No señor, jamás.

- Necesitas un corazón de piedra niño. ¿Lo tienes?

- No creo tener el corazón de piedra…

El señor de la calle sonreía perversamente. Colocó su palma en el hombro de Nepomuceno y le dijo – Sé que lo harás bien niño. Te veo aquí a las once.

Nepomuceno corrió a su casa, llevando la pistola bajo sus calzoncillos. En el camino iba esquivando los charcos de lluvia que se formaron durante la madrugada. Veía a los perros callejeros husmeando entre las bolsas de basura. Los lugareños del vecindario salían a barrer sus establecimientos, sus pequeños comercios y locales. Antes de llegar a su casa, Nepomuceno se detuvo en una tiendita de abarrotes, que afuera tenía un par de maquinitas donde los niños jugaban durante la tarde, hasta el anochecer. Especialmente a Nepomuceno le fascinaba una máquina de peleas. Introducía un peso en una pequeña rendija de la máquina, y jugaba durante un breve rato. Nepomuceno solía ir con más frecuencia a jugar, pero, desde que tomó la decisión de convertirse en criminal, prefería estar oculto de la sociedad. Sus viejos amigos de la cuadra ya no se juntaban con él, así que, con más razón, Nepomuceno prefería seguir apartado de los demás niños que lo consideraban una lacra. La única persona en el mundo con quien él tenía conexión, era su hermana menor. Era sólo un año menor que él. Admiraba la sobresaliente inteligencia de su hermana. Era muy locuaz, de un humor muy irónico, era ingeniosa, noble y carismática. – Eres un estuche de monerías – Nepomuceno siempre la alagaba con frases similares. – No hay moneda que valga más que tú. El oro no brilla tanto como tú, ni las perlas son tan blancas como tu sonrisa. Eres un sol. Algún día viviremos en una mansión, y tendremos meseros que nos atiendan. Tendremos buenos carros, vestiremos siempre bien, y la comida que más se te antoje siempre estará servida en la mesa.

Es estómago de Nepomuceno graznaba, exigía alimento. Dejó de jugar en las maquinitas y se fue corriendo hacia su casa, no sin antes comprar una goma de mascar de la máquina de golosinas.

Subía por el empinado cerro. El concreto de la avenida pasó a ser un camino de terracería. Las casas eran de adoquín, y las antenas y los cables de los transformadores se enredaban con el follaje de los árboles. Estaba por anocheces. El cielo pintaba esos preciosos tonos cálidos que

avecinan al ocaso.

Entró a hurtadillas a su casa. < No quiero que mi madre me regañe por andar de vago todo el santo día>. Se escabullía sigilosamente, o por lo menos eso creía. Asomó un ojo a la cocina, y su madre se encontraba enjuagando los trastes. Intentó pasar sin que lo viera, caminando de puntitas, cuando de repente, su madre le llamó sin siquiera voltear a verlo.

- ¿Dónde diablos estabas metido?- Preguntó su madre

- Anda por allí.

- Si me vuelven a dar una queda de ti te juro que doy con el cinturón. En lugar de andar perdiendo el tiempo, mejor me hubieras ayudado a servir de comer, o a ir por el mandado. Estoy harta de andar lavando ropa ajena y que tú no veas lo cansada que estoy.

- Perdóneme madre... – Entonces agachó la cabeza.

- No sabes decir otra cosa más que pedir perdón. ¿Y la tarea qué? ¿Qué no tienes tarea o pendientes que hacer?

- Pues sí… ahorita la hago.

- Estoy harta de tus mentiras. Eres un desobligado, te vale madres todo. – Nepomuceno alzó la cara y miró el cuerpo de su madre. Ella no lo veía, ni siquiera un poco. Sentía que ella no le demostraba amor, era fría con él.

- Dedíqueme tiempo ma. ¿Por qué no me ayuda con la tarea? Dedíqueme un poco de tiempo

- Tiempo... Si lo que a mí me hace falta es tiempo. Yo no tengo tiempo para ver que el niño esté haciendo lo que debe hacer por obligación. Tengo que trabajar duro para todos tus hermanos, y tú, puedan comer. Qué fácil es sólo venir a la casa y comer, no tener que cocinar, ni preparar nada. Eres un ingrato, no saber valorar lo que hago por ustedes.

- Yo la valoro madre… Mire, le he traído un par de monedas. – Su madre lo miró con desdén.

- ¡Yo no quiero tu dinero robado! Cuando la tira4 te agarre ni creas que yo iré por ti. Ahí te quedas donde te lleven, no me importa… A ver si en a correccional te educan mejor.

Nepomuceno sentía rabia contra su madre. La crueldad de su madre despertaba en él una antipatía.

Las moscas se paraban en la carne cruda que había sobre una pequeña mesa en la cocina. El bombillo de luz a medias iluminaba el cuarto. Una brisa helada entraba por la ventana que estaba entreabierta, y los perros de la calle ladraban a los nocturnos transeúntes. Nepomuceno sentía una ira que nublaba sus sentidos. De repente tenía visiones de llegar y clavarle un cuchillo a su madre por la espalda. Intentaba controlarse, respirando hondo y exhalando poco a poco.

- ¿Por qué es usted rencorosa con nosotros madre? Si tantas ganas tiene de pelear madre, peleé con otro, no con sus hijos.

- ¡Chingada madre! Ahora resulta que la que está mal soy yo. ¡Eres un maldito ingrato! ¡Lárgate de aquí antes de que te saque a chingadazos!

- No sea así madre. ¿Qué le he hecho yo?

- ¡Nacer y ser un mal agradecido! Eso hiciste.

Entonces Nepomuceno, sin discutir y sin reprochar, salió huyendo hacia la calle, abrió la puerta y luego la azotó tan fuerte que los gatos callejeros salieron despavoridos. Cuando ya estaba en la calle comenzó a patear botellas de cerveza vacías que estaban regadas en el suelo.

- No te enojes. – Una adorable voz atrapaba la atención de Nepomuceno. Era su hermana menor quien le hablaba.

- ¿Qué tanto viste?

- Todo. Mamá no quiso decir eso realmente. Ella es… bueno, tú conoces como es mamá.

- Estoy asqueado de esta vida. Quiero… quiero tener otra vida. Cambiaría lo que tengo por algo mejor. El mundo me conocerá, y me temerá. Tendré poder, dinero, y todo lo que quiera.

- La avaricia es mala. No dejes que tu orgullo te deje ciego. Recuerda lo que tanto dice el padre en misa "el diablo cayó por orgullo y altivez". – Nepomuceno dejó escapar una risa corta y luego contesto.

- ¿Cómo le haces para ser tan lista? – Nepomuceno levantó volteó los ojos hacia las estrellas. - ¿Crees que estamos solos? ¿Me refiero a que si crees que exista vida en otros planetas? Pienso que sí debe haber algo

afuera, todo el espacio no puede ser solo para el hombre.

- Pienso que el hombre es egoísta al pensar que no existe vida en otros planetas. El hombre quiere entender todo al razonamiento que lo limita, que lo condiciona. Debería dejar de ser tan atropocentrista.

- ¿Antropo… qué? Ja, ja, ja. Que palabras tan chistosas usas. ¿Qué niña de tu edad usa esa palabra? An-tro-po-cen-tris…ta. ¡Ja, ja,ja!

Nepomuceno y su hermanita se recostaron sobre el piso terroso. Veían el universo, y platicaban de cosas como los astronautas, la Vía Láctea, el Big Bang, etcétera.

- Hoy me pidieron que matara a alguien. –Dijo Nepomuceno con tono de angustia.

- ¿Y lo planeas hacer? –Pregunta su hermana asombrada. – Tú no eres un asesino. No eres una máquina de matar. Eres un niño, igual que yo. Un niño que le encantan los carritos, un niño que colecciona canicas porque le gusta como brillan bajo los rayos del sol, un niño que juega video juegos muy bien resorte5. ¡Dime que no vas a hacerlo! ¡Promételo! – Nepomuceno contemplaba la preocupada expresión de su hermanita. Luego vio como ella levantaba su dedo meñique. – Júralo por la garrita.

- ¡Por la garrita te lo juro! – Entrelazaron sus dedos meñiques, formando así un pacto de hermanos.

- Ven, regresemos a casa. Los mosquitos empiezan a comerme viva, ja, ja.

Ambos regresaron a casa. La madre de ambos ya se había enclaustrado en su recámara, quedando profundamente dormida.

Entraron sin hacer escándalo. Pasaron al baño para lavarse los dientes, luego cada uno se puso el pijama, y se retiraron a descansar. – Buenas noches – se dijeron antes de meterse en las habitaciones.

Capítulo 7

Capítulo IV

Un mal sueño

Nepomuceno no paraba de dar vueltas entre sus sábanas, se retorcía como si tuviese las problemáticas de un hombre adulto. Las horas que el reloj dictaba le provocaban malestar. < No me presenté al trabajo que me pidieron> pensaba estresado. < Y si me hacen algo… ¿qué haré?> No paraba de fantasear ideas respecto a lo que podrían hacerle. < No tendrían piedad por un niño, de eso estoy seguro> Eran cuarto para las dos cuando por fin logró conciliar el sueño.

En su sueño iba paseando por las calles de su desolada ciudad. Una espesa neblina gris empañaba las melancólicas calles de la Ciudad Renacimiento.

Nepomuceno caminaba sin rumbo fijo en su sueño. Caminaba y miraba sin detalles la soledad de su ambiente. A lo lejos se escuchaba la bocina de un barco, avisando que pronto zarparía hacia ultramar. Nepomuceno avanzaba por la avenida que lo conducía hacia la costa. De repente sentía que sus piernas flanqueaban, se tambaleaban al momento de intentar correr. Luego brincaba desesperadamente, lo hacía para poder volar hacia la costa. Brincaba y lograba suspenderse en el aire por un breve momento, pero de inmediato caía al suelo. Saltaba como conejo, y estiraba las manos como águila. El sonido del barco se hacía cada vez más apreciable, pero con la neblina tan espesa, era imposible ver más allá de un metro de distancia. Nepomuceno sintió que atravesó un largo trayecto hasta que llegó a un mirador. Era un punto de descanso para que los turistas apreciaran la vista del océano. Se acercó al barandal de piedra buscando al misterioso navío, pero le resultó imposible penetrar la neblina. “Guau, guau” un ladrido se escuchó. Nepomuceno observó a un perro en el borde del barranco. - “¡Hey, compañero, no saltes! Te vas a matar. Entonces, el perro saltó al precipicio. Cuando Nepomuceno notó lo que había hecho el perro, de igual manera se aventó al despeñadero. Su cuerpo iba rodando por la pendiente sin sentir dolor. Se levantó ileso cuando llegó al piso. No tenía fracturas, ni siquiera un rasguño. El barco resonaba su tercer aviso. Nepomuceno corría por la blanca arena de la playa, sus pies se hundían cuando intentaba correr más rápido. Se acercó al mar, el agua salada bautizaba sus pies hasta las rodillas. Mientras corría a orillas del mar se encontró con una enorme piedra. Se subió en ella, e intentó encontrar al barco que tanto resonaba. Una ligera brisa de mar salpicaba en rostro. Miró de un lado a otro, pero no encontró al barco. Se recostó sobre la gigantesca piedra, resignado y agotado, con un

leve dolor de cabeza. En eso, sintió como una incomodidad en su boca. Sus encías sangraban, y sus dientes se sentían flojos. Él, con su mano izquierda sentía como algunos dientes se despegaban de su mandíbula, y quedaban colgando. Al intentar arrancarse los dientes el dolor se lo impedía.

Se bajó de la piedra, desangrándose, y corrió hacia la ciudad buscando ayuda.

- ¿¡Hay alguien!? ¡Por favor! ¡Socorro!

Entró a una pequeña plaza de comercios buscando una farmacia. Se desesperaba porque no encontraba la ayuda que necesitaba. Escuchaba susurros a su alrededor, sombras que parecían penar se asomaban por los ventanales de los comercios.

Su boca chorreaba sangre, y aunque se trataba de un sueño solamente, podía presenciar el sabor a hierro en la sangre. En su caminata por el corredor encontró un baño público. Se adentró en él, y buscó un espejo. El sueño parecía ser tan real, que hasta los olores de la orina que manchaba la taza del retrete amedrentaban su olfato. Revisaba su boca en un espejo opaco que encontró, y estando allí comenzó a arrancarse todos los dientes que le colgaban.

Había suficiente sangre como para morir ahogado en su sueño. El sofocamiento, y el sentir que no podía respirar provocaron que se levantara de inmediato. Al abrir los ojos, observó que la cortina que usaba como puerta estaba deslizada hacia la pared, y los focos del pasillo iluminaban a un cuerpo que se iba acercando lentamente. En menos de un segundo se percató que su madre era la que se adentraba en el cuarto. Iba cargando un cuerpo entre los brazos, y su camisón estaba entintado de sangre.

Capítulo 8

Capítulo V

¡Ya no me pegue!

- ¿No escuchaste nada?– Decía la madre de Nepomuceno llorando – Nos acaban de balacear. Le han dado a tu hermana. ¡Todo esto es tú culpa!

Su madre había traído cargando el cuerpo fallecido de su hija. La dejó sobre la cama de Nepomuceno para que él apreciara, lo que ella afirmaba despóticamente, por su culpa habían hecho. Luego ella se acercó a su hijo, y a puño cerrado comenzó a golpearlo.

- ¡Asesino!- le gritaba – ¡Di a luz a un asesino!

- ¡Ya no me pegue madre! ¡Ya no me pegue!

El hermano mayor de Nepomuceno entró corriendo al cuerpo de su hermanito.

- He anotado la placa de esos hijos de la chingada, y creo saber de quién es el carro. ¡Ahora si van a valer verga esos cabrones! ¡Mataré a esos putos malnacidos!- Entonces desenfunda una pista y la carga.

- ¡No hijo! Te meterán al bote1 si lo haces.

- Esto lo pagarán caro. No se saldrán con la suya.

El hermano mayor salió raudamente de la casa, y con fusil en mano partió rumbo a donde creía pertenecía el carro que observó. Nepomuceno miró por su ventana como su hermano, iracundo, se marchaba para vengar la muerte de su pequeña hermana. Después, con tristeza y lágrimas en los ojos se acercó al cuerpo de su hermana. Con su sábana intentó desmancharle las gotas de sangre impregnadas en la piel. Miraba las heridas que le dieron muerte. < "Recibió cinco impactos. ¿Sentiste dolor, o fue una muerte rápida? ¿Cuál te dio la muerte? ¿Habrá sido la bala que atravesó tu pecho, la del brazo izquierdo, la del fémur, o las dos balas que perforaron tu abdomen? No puedo imaginar lo fácil que es quitar una vida. ¡Yo debí recibir esas balas! ¡Debí ser yo quien muriera acribillado en vez de ti hermana! ¡Esas balas iban para mí! Esos locos estaban dispuestos a matar a un niño.>

La madre de Nepomuceno entró en la habitación; había ido a la cocina para llamar a los servicios de emergencia; paramédicos y oficiales se dirigían a la casa. Entró llorando, y entonces, cuando vio a Nepomuceno tocando el cuerpo de su hija fallecida, una cólera la provocó atacarlo. Fue y le clavó las uñas en la cara. Lo arañaba y le reclamaba que se alejara de ella, que no se atreviera a ponerle un dedo encima.

- ¡Lárgate de mi casa! ¡No quiero volver a saber de ti! ¡Tú has matado a tu hermana!

- ¡Ya no me pegue madre! ¡Ya no me pegue!- Nepomuceno empujó con todas sus fuerzas a su madre. Ella cayó al suelo, y luego lo miro sorprendida

- ¿Qué esperas? ¡Mátame como a tu hermana!

Nepomuceno agarró una mochila que tenía, empacó un par de prendas, cogió unos plátanos que había en la cocina, se llevó también un medio cartón de leche y luego se marchó.

Se fue de la casa, esquivando a los vecinos metiches que habían salido a contemplar lo acontecido.

El resto de la noche Nepomuceno se la pasó buscando un refugio, pero al no hallar un sitio donde pudiese resguardarse, decidió destapar una coladera y adentrarse en ella. Fue bajando lentamente, cuidándose de no resbalar.

Su estómago gruñía, tenía hambre y sueño. Al bajar, se empinó todo el cartón de leche que llevaba y lo bebió de un solo sorbo.

< Tal vez todo este tiempo he pertenecido aquí abajo. Tal vez siempre he pertenecido a este mundo infestado de ratas y cucarachas, ellos son mi verdadera familia. >

Cuando amaneció, Nepomuceno salió de la alcantarilla donde se había resguardado. Tenía hambre nuevamente. Se aventuró dentro un tianguis de alimentos para poder robar algo de comer.

Apestaba a heces, y la gente se alejaba de él. Su aroma ahuyentaba a las masas del lugar. Se paseó por varios puestos antes de robar cualquier cosa. Vio un puesto que vendía chicharrón. Sutilmente se adentró entre la muchedumbre que se aglomeraba frente al puesto, y luego con mano veloz se agandalló2 un paquete de comida. La gente a su alrededor gritaba “una rata, cuidado, deténgalo”. Detrás de él lo persiguieron unos comerciantes, pero logró escapar de ellos sin problemas. Se refugió en un callejón deshabitado. La baba le escurría del hambre, se saboreaba el alimento mucho antes de masticarlo. Estaba a punto de darle una enorme

mordida a la placa de chicharrón, cuando escuchó que alguien le hablaba.

- ¿No irás a comerte eso tú solo, verdad?- Otro joven, quizá de la misma edad, mugroso y apestoso le habló.

- Fui yo quien lo robó, así por ende es mío, sólo mío.

- Vamos carnalito, sólo una mordidita y ya. Además, más te vale compartir- Este chico sacó de su bolsillo una navaja. – La ventaja de los muertos, es que ya no necesitan comer.

Nepomuceno se espetó de la atemorizante navaja. Miró fijamente al desconocido chico de la calle, y con un movimiento rápido, Nepomuceno pateó al chico en el vientre. Éste reaccionó, e intentó navajearlo, pero después Nepomuceno logró esquivarlo. Le dio un sobresaliente derechazo en la cabeza, provocando que el chico armado soltase la navaja. Nepomuceno tomó con ambas manos el arma caída, y comenzó a apuñalar al chico.

- ¡Guárdame ésta moreno!- Le dijo en la primera apuñalada.

No podía creer lo que había hecho. Se quedó con la navaja, cogió la comida que había robado, y luego se fue a ocultar bajo la alcantarilla.

< Creo que mi corazón sí está hecho de piedra y arena> Pensaba mientras comía. Su carita estaba manchada de sangre que no era suya, sus manos tenías un olor repulsivo. < Si usted supiera lo que he hecho hoy mamá, tendría más y mejores motivos para odiarme>

Pasaron unos días, y Nepomuceno continuó robando, y en algunos casos, asesinando vidas inocentes para poder comer. Un día paseando por la calle, miró en un puesto de periódicos algo que le impactó.

- Señor, ¿me regalaría usted este periódico?- Le dijo Nepomuceno al dueño del puesto.

- Yo no vivo de regalar cosas niño. Son ocho pesos. Si no tienes para pagar no andes manoseando la mercancía.

Nepomuceno se enojó y comenzó a tirar todo lo que pudo del puesto, agarró el periódico que quiso, y se echó a correr muy lejos. Llegó a la cloaca donde había alzado su guarida. En la primera página leyó algo que le sorprendió, y al mismo tiempo le hizo llorar.

La nota decía: “Joven de dieciocho años condenado a cincuenta años de cárcel por el homicidio de tres hombres. Un joven vengó el asesinato de su hermana menor masacrando a los culpables” Después de leer la noticia pensó en regresar a casa, ya que sabía que su madre ahora estaba

completamente sola, pero luego recordó aquella tunda que lo propició, y los insultos que le dijo.

- Merece morir sola por dejarnos a nosotros solos. Siempre me ignoraste madre, ahora yo te ignoro.

Nepomuceno se encontraba bajo un deprimente techo de lámina. Se resguardaba de la tormenta que azotaba a la Ciudad Renacimiento. La antaña fotografía de su madre la dejó varada en el suelo. Luego fue al refrigerador por otra cerveza. La destapó y dijo: “Todos bailan con la muerte, pobres, ricos, jóvenes y viejos. Todos cuelgan los zapatos cuando se presenta. Yo no sé bailar sin antes tomarme unos buenos tragos, así que hay mucho tanque que llenar.”

Capítulo 9

Capítulo VI

¡Finge que lo amas!

- Falta muy poco para que nuestro bebé nazca. – Dijo Esmeralda acurrucada en el pecho de Nepomuceno. Metía las manos dentro de la camisa desabotonada de Nepomuceno.

- Quiero que no hagas mucho esfuerzo en estos días. No salgas de la casa de tu madre, y si el bebé va a nacer mientras yo no estoy, márcale a alguno de mis compadres para que vaya a auxiliarte. No confíes en nadie si te dice que viene de mi parte.

- Yo quiero que estés ahí cuando el bebé nazca. Quiero que conozca a su padre desde el primer día.- Nepomuceno suspiró hondo, abrazó cariñosamente a su mujer y le dio un tierno beso en la mejilla.

- No es conveniente que yo esté allí. En el hospital di que el bebé el producto de una violación. No puede llevar mis apellidos, y nadie debe enterarse que es mi hijo. Estarías condenando a nuestro hijo, y a ti, a un fatal accidente. Alguno de mis bastardos enemigos podría ir a matarlos, y no me lo perdonaría.- Esmeralda miró amorosamente Nepomuceno. Le dio un beso en los labios, y después le contestó segura de sí misma – Está bien. Confío en ti. Sé que lo haces por nuestra seguridad.

Mes y medio después nacería Rodolfo, el hijo legítimo de Esmeralda y Nepomuceno. Su padre estaba esperanzado nuevamente. Sentía que su hijo, y Esmeralda, serían la catapulta que lo llevaría lejos de la vida miserable y violenta en la que tantos años ha permanecido.

Estaban en la casa de la madre de Esmeralda. Ambos estabas recostados en la cama, y en medio de ellos estaba el bebé. Nepomuceno tocaba los piecitos de su hijo. Sin lastimarlo, jugaba con los deditos del bebé. Agarró el dedo más pequeño del pie derecho, y empezó a cantar una inolvidable canción de su infancia.

- Este dedito se compró un huevito. – Iba avanzando de dedo en dedo conforme cantaba la canción – Este lo puso a hervir, este le puso tantita sal, este lo probó, y este se lo comió.- Esmeralda miró a Nepomuceno de una forma tan especial que hasta él se sorprendió. - ¿Qué pasa? –pregunta sonriendo.

- Nada… ¿de dónde es esa canción?

- ¡Ah! Ja, ja. Es una canción que antes mi madre me cantaba, mucho antes de que yo me convirtiera en una lacra.

- Es preciosa. Tú serás un buen padre, lo sé.

Nepomuceno se levantó para traer unos juguetes. Trajo unas llaves de plástico diseñadas para que los bebés las muerdan. Luego las hizo sonar sacudiéndolas, y el bebé las miraba anonadado.

- No sé nada de cuidar niños.- Replica Nepomuceno.

- Eso me recuerda algo.- Esmeralda saca de su bolso una tarjeta de presentación. – Un enfermero muy amable, como de diecisiete años, me dio esto.- Le enseña la tarjeta a Nepomuceno. - Dijo que si necesito algo le marcara, pero sabes qué, siento que nada más lo hizo porque le gusté, ja, ja.

- Y si…utilizas de su ayuda. ¿Qué tanto sabes, qué tanto le dijiste?

- Le dije que fui violada, pero que aun así quería concebir a mi bebé.

- Es arriesgado que yo venga a cuidar al bebé. Pienso que no es mala idea que este enfermerillo venga de vez en cuando para cuidar al niño. Así será menos desgastante para ti.

- Pero mi amor, mi madre nos puede ayudar.

- Ella ya te cuidó a ti y a tus hermanos, ya no tiene por qué andar cuidado niños. Además, tu madre ya es una señora grande, y tiene otros asuntos que resolver. Quiero que aceptas la propuesta de este niño.

- ¿Qué tal que éste se termina enamorando de mí? – Ella acerca sus labios a los de su amor y le da un beso.

- Pues, finge que lo amas hasta que pueda librarme de toda la mierda que tengo por resolver. Prometo que no demoraré. Juro que hallaré la manera de poder librarme de todo esto, y tú y yo, y nuestro hijo, huiremos lejos de este pueblo abandonado de Dios. – Los ojos de ella destellaron un brillo nítido. De nuevo ella le sonreía de esa forma tan única que jamás había visto en otra persona.

- Todo mundo dice que eres una persona mala, pero pienso que aquel que ama no puede ser malo; me has demostrado cuánto me amas,

y eso es todo lo que necesito para ser feliz.

Ambos se quedaron abrazados durante un rato, y luego el celular de Nepomuceno comenzó a sonar.

- ¡Bueno! – Contestó la llamada- ¡Ok! Los veo en 13 minutos. – Cuelga la llamada – Tengo que irme.- Él se despide con un tierno beso en la frente. – Llama a ese chico cuando puedas ¿está bien?

- Está bien. Te aviso cualquier cosa.

- Me parece bien. Sólo no te enamores de ese morrillo.

- Ja, ja, ja. ¡Calmen al anciano! No eres tan grande, y no te preocupes, confía en mí.

- Confío en ti, no confío en los demás. En fin, tengo que dejarte. Te veré dentro de un largo tiempo, quizá en un mes y medio. Tendré que salir del Estado. – Besa de nuevo a su amada.- Será eterno esto. Contaré los días hasta volver a verte. – Coge a su bebé en brazos y lo alza.- ¡Campeón! No le des mucha lata a tu madre. Te veo pronto mi chiquillo.

El salió de la casa de Esmeralda, y se marchó rumbo al norte con la esperanza de regresar vivo. Estando con sus camaradas era una persona diferente. Nadie con quien trabajaba sabía de su familia. En realidad, nunca nadie se había interesado en saber más allá de la vida de sicario de Nepomuceno. Para todos ellos, Nepomuceno era conocido como "El más tuerzo", apodado así por su cruel forma de asesinar gentes. Todos le temían por su pesado carácter; decían que tenía sangre fría. Todos respetaban a un hombre que por dentro se sentía incompleto e incomprendido. Las personas vivían en una fantasía, en donde creían que Nepomuceno podía vivir en cualquier lugar donde quisiese; en una mansión repleta de lujos, con carros deportivos finos, servidumbre limpiándole los pies, y cogiendo con modelos todos los días. Ideas más alejadas de la realidad es lo que verdaderamente son. Falsas ilusiones que la gente inventa, posiblemente, porque es la última esperanza que se crean para poder salir de la vida miserable, y de la pobreza.

Para Nepomuceno, la vida se volvió un conflicto desde muy niño, la infancia jamás existió, y el primer valor que aprendió fue el de no dejarse chingar por los demás.

Capítulo 10

Capítulo V

¡Ya no me pegue!

- ¿No escuchaste nada?– Decía la madre de Nepomuceno llorando – Nos acaban de balacear. Le han dado a tu hermana. ¡Todo esto es tú culpa!

Su madre había traído cargando el cuerpo fallecido de su hija. La dejó sobre la cama de Nepomuceno para que él apreciara, lo que ella afirmaba despóticamente, por su culpa habían hecho. Luego ella se acercó a su hijo, y a puño cerrado comenzó a golpearlo.

- ¡Asesino!- le gritaba – ¡Di a luz a un asesino!

- ¡Ya no me pegue madre! ¡Ya no me pegue!

El hermano mayor de Nepomuceno entró corriendo al cuerpo de su hermanito.

- He anotado la placa de esos hijos de la chingada, y creo saber de quién es el carro. ¡Ahora si van a valer verga esos cabrones! ¡Mataré a esos putos malnacidos!- Entonces desenfunda una pista y la carga.

- ¡No hijo! Te meterán al bote1 si lo haces.

- Esto lo pagarán caro. No se saldrán con la suya.

El hermano mayor salió raudamente de la casa, y con fusil en mano partió rumbo a donde creía pertenecía el carro que observó. Nepomuceno miró por su ventana como su hermano, iracundo, se marchaba para vengar la muerte de su pequeña hermana. Después, con tristeza y lágrimas en los ojos se acercó al cuerpo de su hermana. Con su sábana intentó desmancharle las gotas de sangre impregnadas en la piel. Miraba las heridas que le dieron muerte. < "Recibió cinco impactos. ¿Sentiste dolor, o fue una muerte rápida? ¿Cuál te dio la muerte? ¿Habrá sido la bala que atravesó tu pecho, la del brazo izquierdo, la del fémur, o las dos balas que perforaron tu abdomen? No puedo imaginar lo fácil que es quitar una vida. ¡Yo debí recibir esas balas! ¡Debí ser yo quien muriera acribillado en vez de ti hermana! ¡Esas balas iban para mí! Esos locos estaban dispuestos a matar a un niño.>

La madre de Nepomuceno entró en la habitación; había ido a la cocina para llamar a los servicios de emergencia; paramédicos y oficiales se dirigían a la casa. Entró llorando, y entonces, cuando vio a Nepomuceno

tocando el cuerpo de su hija fallecida, una cólera la provocó atacarlo. Fue y le clavó las uñas en la cara. Lo arañaba y le reclamaba que se alejara de ella, que no se atreviera a ponerle un dedo encima.

- ¡Lárgate de mi casa! ¡No quiero volver a saber de ti! ¡Tú has matado a tu hermana!

- ¡Ya no me pegue madre! ¡Ya no me pegue!- Nepomuceno empujó con todas sus fuerzas a su madre. Ella cayó al suelo, y luego lo miro sorprendida

- ¿Qué esperas? ¡Mátame como a tu hermana!

Nepomuceno agarró una mochila que tenía, empacó un par de prendas, cogió unos plátanos que había en la cocina, se llevó también un medio cartón de leche y luego se marchó.

Se fue de la casa, esquivando a los vecinos metiches que habían salido a contemplar lo acontecido.

El resto de la noche Nepomuceno se la pasó buscando un refugio, pero al no hallar un sitio donde pudiese resguardarse, decidió destapar una coladera y adentrarse en ella. Fue bajando lentamente, cuidándose de no resbalar.

Su estómago gruñía, tenía hambre y sueño. Al bajar, se empinó todo el cartón de leche que llevaba y lo bebió de un solo sorbo.

< Tal vez todo este tiempo he pertenecido aquí abajo. Tal vez siempre he pertenecido a este mundo infestado de ratas y cucarachas, ellos son mi verdadera familia. >

Cuando amaneció, Nepomuceno salió de la alcantarilla donde se había resguardado. Tenía hambre nuevamente. Se aventuró dentro un tianguis de alimentos para poder robar algo de comer.

Apestaba a heces, y la gente se alejaba de él. Su aroma ahuyentaba a las masas del lugar. Se paseó por varios puestos antes de robar cualquier cosa. Vio un puesto que vendía chicharrón. Sutilmente se adentró entre la muchedumbre que se aglomeraba frente al puesto, y luego con mano veloz se agandalló2 un paquete de comida. La gente a su alrededor gritaba “una rata, cuidado, deténgalo”. Detrás de él lo persiguieron unos comerciantes, pero logró escapar de ellos sin problemas. Se refugió en un callejón deshabitado. La baba le escurría del hambre, se saboreaba el alimento mucho antes de masticarlo. Estaba a punto de darle una enorme mordida a la placa de chicharrón, cuando escuchó que alguien le hablaba.

- ¿No irás a comerte eso tú solo, verdad?- Otro joven, quizá de la misma edad, mugroso y apestoso le habló.

- Fui yo quien lo robó, así por ende es mío, sólo mío.

- Vamos carnalito, sólo una mordidita y ya. Además, más te vale compartir- Este chico sacó de su bolsillo una navaja. – La ventaja de los muertos, es que ya no necesitan comer.

Nepomuceno se espetó de la atemorizante navaja. Miró fijamente al desconocido chico de la calle, y con un movimiento rápido, Nepomuceno pateó al chico en el vientre. Éste reaccionó, e intentó navajearlo, pero después Nepomuceno logró esquivarlo. Le dio un sobresaliente derechazo en la cabeza, provocando que el chico armado soltase la navaja. Nepomuceno tomó con ambas manos el arma caída, y comenzó a apuñalar al chico.

- ¡Guárdame ésta moreno!- Le dijo en la primera apuñalada.

No podía creer lo que había hecho. Se quedó con la navaja, cogió la comida que había robado, y luego se fue a ocultar bajo la alcantarilla.

< Creo que mi corazón sí está hecho de piedra y arena> Pensaba mientras comía. Su carita estaba manchada de sangre que no era suya, sus manos tenías un olor repulsivo. < Si usted supiera lo que he hecho hoy mamá, tendría más y mejores motivos para odiarme>

Pasaron unos días, y Nepomuceno continuó robando, y en algunos casos, asesinando vidas inocentes para poder comer. Un día paseando por la calle, miró en un puesto de periódicos algo que le impactó.

- Señor, ¿me regalaría usted este periódico?- Le dijo Nepomuceno al dueño del puesto.

- Yo no vivo de regalar cosas niño. Son ocho pesos. Si no tienes para pagar no andes manoseando la mercancía.

Nepomuceno se enojó y comenzó a tirar todo lo que pudo del puesto, agarró el periódico que quiso, y se echó a correr muy lejos. Llegó a la cloaca donde había alzado su guarida. En la primera página leyó algo que le sorprendió, y al mismo tiempo le hizo llorar.

La nota decía: “Joven de dieciocho años condenado a cincuenta años de cárcel por el homicidio de tres hombres. Un joven vengó el asesinato de su hermana menor masacrando a los culpables” Después de leer la noticia pensó en regresar a casa, ya que sabía que su madre ahora estaba completamente sola, pero luego recordó aquella tunda que lo propició, y

los insultos que le dijo.

- Merece morir sola por dejarnos a nosotros solos. Siempre me ignoraste madre, ahora yo te ignoro.

Nepomuceno se encontraba bajo un deprimente techo de lámina. Se resguardaba de la tormenta que azotaba a la Ciudad Renacimiento. La antaña fotografía de su madre la dejó varada en el suelo. Luego fue al refrigerador por otra cerveza. La destapó y dijo: "Todos bailan con la muerte, pobres, ricos, jóvenes y viejos. Todos cuelgan los zapatos cuando se presenta. Yo no sé bailar sin antes tomarme unos buenos tragos, así que hay mucho tanque que llenar."

Capítulo 11

Capítulo VI

¡Finge que lo amas!

—Falta muy poco para que nuestro bebé nazca —dijo Esmeralda, acurrucada en el pecho de Nepomuceno. Metía las manos dentro de la camisa desabotonada de él.

—Quiero que no hagas mucho esfuerzo en estos días. No salgas de la casa de tu madre, y si el bebé va a nacer mientras yo no estoy, márcale a alguno de mis compadres para que vaya a auxiliarte. No confíes en nadie si te dice que viene de mi parte.

—Yo quiero que estés ahí cuando el bebé nazca. Quiero que conozca a su padre desde el primer día —Nepomuceno suspiró hondo, abrazó cariñosamente a su mujer y le dio un tierno beso en la mejilla.

—No es conveniente que yo esté allí. En el hospital di que el bebé el producto de una violación. No puede llevar mis apellidos, y nadie debe enterarse que es mi hijo. Estarías condenando a nuestro hijo, y a ti, a un fatal accidente. Alguno de mis bastardos enemigos podría ir a matarlos, y no me lo perdonaría —Esmeralda miró amorosamente Nepomuceno. Le dio un beso en los labios, y después le contestó segura de sí misma— Está bien. Confío en ti. Sé que lo haces por nuestra seguridad.

Mes y medio después nacía Rodolfo, el hijo legítimo de Esmeralda y Nepomuceno. Su padre estaba esperanzado nuevamente. Sentía que su hijo, y Esmeralda, serían la catapulta que lo llevaría lejos de la vida miserable y violenta en la que tantos años ha permanecido.

Estaban en la casa de la madre de Esmeralda. Ambos estabas recostados en la cama, y en medio de ellos estaba el bebé. Nepomuceno tocaba los piecitos de su hijo. Sin lastimarlo, jugaba con los deditos del bebé. Agarró el dedo más pequeño del pie derecho, y empezó a cantar una inolvidable canción de su infancia.

- Este dedito se compró un huevito. – Iba avanzando de dedo en dedo conforme cantaba la canción – Este lo puso a hervir, este le puso tantita sal, este lo probó, y este se lo comió.- Esmeralda miró a Nepomuceno de una forma tan especial que hasta él se sorprendió. - ¿Qué pasa? –pregunta sonriendo.

- Nada… ¿de dónde es esa canción?

- ¡Ah! Ja, ja. Es una canción que antes mi madre me cantaba, mucho antes de que yo me convirtiera en una lacra.

- Es preciosa. Tú serás un buen padre, lo sé.

Nepomuceno se levantó para traer unos juguetes. Trajo unas llaves de plástico diseñadas para que los bebés las muerdan. Luego las hizo sonar sacudiéndolas, y el bebé las miraba anonadado.

- No sé nada de cuidar niños.- Replica Nepomuceno.

- Eso me recuerda algo.- Esmeralda saca de su bolso una tarjeta de presentación. – Un enfermero muy amable, como de diecisiete años, me dio esto.- Le enseña la tarjeta a Nepomuceno. - Dijo que si necesito algo le marcara, pero sabes qué, siento que nada más lo hizo porque le gusté, ja, ja.

- Y si…utilizas de su ayuda. ¿Qué tanto sabes, qué tanto le dijiste?

- Le dije que fui violada, pero que aun así quería concebir a mi bebé.

- Es arriesgado que yo venga a cuidar al bebé. Pienso que no es mala idea que este enfermerillo venga de vez en cuando para cuidar al niño. Así será menos desgastante para ti.

- Pero mi amor, mi madre nos puede ayudar.

- Ella ya te cuidó a ti y a tus hermanos, ya no tiene por qué andar cuidado niños. Además, tu madre ya es una señora grande, y tiene otros asuntos que resolver. Quiero que aceptas la propuesta de este niño.

- ¿Qué tal que éste se termina enamorando de mí? – Ella acerca sus labios a los de su amor y le da un beso.

- Pues, finge que lo amas hasta que pueda librarme de toda la mierda que tengo por resolver. Prometo que no demoraré. Juro que hallaré la manera de poder librarme de todo esto, y tú y yo, y nuestro hijo, huiremos lejos de este pueblo abandonado de Dios. – Los ojos de ella destellaron un brillo nítido. De nuevo ella le sonreía de esa forma tan única que jamás había visto en otra persona.

- Todo mundo dice que eres una persona mala, pero pienso que aquel que ama no puede ser malo; me has demostrado cuánto me amas, y eso es todo lo que necesito para ser feliz.

Ambos se quedaron abrazados durante un rato, y luego el celular de

Nepomuceno comenzó a sonar.

- ¡Bueno! – Contestó la llamada- ¡Ok! Los veo en 13 minutos. – Cuelga la llamada – Tengo que irme.- Él se despide con un tierno beso en la frente. – Llama a ese chico cuando puedas ¿está bien?

- Está bien. Te aviso cualquier cosa.

- Me parece bien. Sólo no te enamores de ese morrillo.

- Ja, ja, ja. ¡Calmen al anciano! No eres tan grande, y no te preocupes, confía en mí.

- Confío en ti, no confío en los demás. En fin, tengo que dejarte. Te veré dentro de un largo tiempo, quizá en un mes y medio. Tendré que salir del Estado. – Besa de nuevo a su amada.- Será eterno esto. Contaré los días hasta volver a verte. – Coge a su bebé en brazos y lo alza.- ¡Campeón! No le des mucha lata a tu madre. Te veo pronto mi chiquillo.

El salió de la casa de Esmeralda, y se marchó rumbo al norte con la esperanza de regresar vivo. Estando con sus camaradas era una persona diferente. Nadie con quien trabajaba sabía de su familia. En realidad, nunca nadie se había interesado en saber más allá de la vida de sicario de Nepomuceno. Para todos ellos, Nepomuceno era conocido como "El más tuerzo", apodado así por su cruel forma de asesinar gentes. Todos le temían por su pesado carácter; decían que tenía sangre fría.

Todos respetaban a un hombre que por dentro se sentía incompleto e incomprendido. Las personas vivían en una fantasía, en donde creían que Nepomuceno podía vivir en cualquier lugar donde quisiese; en una mansión repleta de lujos, con carros deportivos finos, servidumbre limpiándole los pies, y cogiendo con modelos todos los días. Ideas más alejadas de la realidad es lo que verdaderamente son. Falsas ilusiones que la gente inventa, posiblemente, porque es la última esperanza que se crean para poder salir de la vida miserable, y de la pobreza.

Para Nepomuceno, la vida se volvió un conflicto desde muy niño, la infancia jamás existió, y el primer valor que aprendió fue el de no dejarse chingar por los demás.

Capítulo 12

Capítulo VII

Un amor tras bambalinas

"Hola! Cómo estás? Soy Esmeralda, la chica a quien le diste tu tarjeta… bueno, quizá no sea la única a quien le diste tu tarjeta, jajajaja. Oye crees que puedas venir a visitarme? Tengo algunas dudas respecto a cómo criar bien a mi bebé".

Esmeralda le había mandado un whats a Ramiro. Mientras tanto, Esmeralda se encontraba platicando con su madre en la cocina.

- Oye ma, ¿recuerda usted al enfermero que me atendió en el hospital? El que fue muy cortés.

- ¿Uno muy jovencito?

- Así es. ¡Ese mero! Escuche esto: Ese enfermero vendrá a la casa para ayudarnos con el bebé mientras Nepomuceno no está. Así que le pido de favor que no lo mencione por nada del mundo, ni mencione que estoy con él. Le pido este enorme favor, y por el amor de Dios no se le olvide.

- Descuida mi reina, prometo que no diré absolutamente nada. – La señora madre miró a su hija, y después de una breve meditación se atrevió a preguntar. - ¿Y cuándo se hará la boda hijita? No me gusta para nada que tu bebé haya nacido sin que estés casada. Además de que el padre de la iglesia no acepta que bautices al niño por no estar casada. ¡Que el diablo no se lo lleve sabiendo que tiene el pecado original!

- No creas todo lo que te cuentan madre. Y respecto a la boda… no sé cuánto tiempo más habrá que esperar. – Su madre guardó silencio, respiró hondo

- Sea cuento o no, el hombre nació con una mancha que no puede ver, ni olfatear, pero la puede sentir dentro de él. Ha intentado limpiarse de esa mancha invisible; ya sea con agua bendita o cualquier otra invención, pero jamás lo ha conseguido, y así será, generación tras generación, por los siglos de los siglos. – Hubo silencio. Poco después Esmeralda fue a revisar a su bebé, y su madre encendió el televisor y sintonizó el canal de las novelas.

Ramiro llegó a casa de Esmeralda. La madre de Esmeralda lo recibió con honores, y le pidió que pasase a la recámara. Cuando Esmeralda lo vio

entrar a la habitación pensó < no recuerdo que fuese tan apuesto>.

- Ven. Siéntate en la cama. No hay problema.- Dijo Esmeralda.

- Veo que ya estás mejor; y tu bebé también. Por Cristo, está hermoso. En fin ¿cómo se llama este campeón?

Esmeralda veía como Ramiro jugaba con el bebé. Luego atentamente escuchaba como Ramiro le explicaba la manera correcta de alimentarlo, bañarlo, vestirlo, así, todas las necesidades se requieren para cuidar a un bebé.

Después de unas horas Ramiro se despidió y se retiró ilusionado de que sus ojos volverían a mirar a la muchacha Esmeralda. Se volvía un esclavo más de la tiranía del amor.

La madre de Esmeralda entró al cuarto de su hija después de despedir a Ramiro. Una luz cálida alumbraba el cuarto, y en el aire se respiraba aún la colonia que Ramiro llevaba. Al entrar mira a su hija recargada sobre el barandal de la terraza. Observando la clara noche, a los automóviles y sus luces, y las pocas casa que en las colinas hay.

- Es buen muchacho ese Ramiro. – Dice la madre de Esmeralda. – Siempre quise que encontraras a alguien como él.

- Ya lo encontré madre. Se llama Nepomuceno, y lo amo. Este chico Ramiro es guapo, pero jamás engañaría a Nepomuceno por él. Sólo lo acepto en la casa porque necesitamos ayuda en lo que regresa Nepomuceno, y en lo que vemos que haremos de nuestras vidas.

- Eres tan sólo una niña intentando ser adulta.- Contesta la madre de Esmeralda con voz marcial. Ella mira a su hija, y luego mira a su nieto dormido en el cunero. – Tu padre estaría feliz de ser abuelo de este angelito, pero no sé qué diría de las decisiones que estás tomando. Abandonar la escuela es algo que no te lo habría perdonado, sabiendo que él jamás pudo tener un título. Tampoco imagino su reacción al enterarse que estabas embarazada, y más de un criminal como lo es Nepomuceno.

- ¡Nepomuceno no es ningún criminal! – Refuta iracunda Esmeralda, aunque en un tono bajo para no despertar a su bebé.

- Si mata y roba es un criminal hija. Tu novio pertenece al mismo grupo de personas que desapareció a tu padre… a mi esposo, que era tan buena persona.

Esmeralda y su madre eran similares en carácter. Ambas eran gentiles, cariñosas, atentas, y a la vez era volátiles, y lanzaban palabras ponzoñosas sin medida y sin recapacitarlas en la mente. A Esmeralda

solían decirle “tú eres de las que primero dispara y luego pregunta qué pasó cuando estás enojada”, y dicha frase era bastante certera.

En ambas, la cólera les hervía la sangre poco a poco. A la madre de Esmeralda le pulsa el ojo cuando está preocupada o cuando está molesta, y Esmeralda no puede dejar de frotarse las manos.

- Nepomuceno no tuvo opción. No tuvo quien le guiara de pequeño. Tuvo que luchar contra la crueldad que se vive en la calle.

- Tú abuela fue huérfana desde muy chica. Ella y su hermano vivieron en la calle, y no por eso andaban robando. Con trabajo logró sobrevivir, cuidar a sus hijos cuando los tuvo, y pudo mantenerse sin manchar su integridad.

- No manche, eran otro tiempos mamá.

- No porque fue otro tiempo significa que las cosas eran mejores. Ya había delincuencia, pobreza, buena y mala suerte. No justifiques la mala voluntad de ese “hombre” con eso,

Esmeralda salió de la habitación llorando, y salió huyendo del apartamento. Al salir, un viento helado le dio la bienvenida, y la melodía de las cigarras y las aves nocturnas armonizaban con su lamento.

Su madre, desde el portón de la casa la miraba. Sus pupilas se cristalizaban, y luego, un brío y amoroso sentimiento la invadió. Se aceró hacía su hija, que se encontraba sentada sobre la banqueta, y la abrazó.

- Perdóname hija. No fue mi intención herirte. Hay ocasiones en las que no pienso lo que digo.

- Si no piensas lo que les dices a tus seres queridos, significa que realmente los amas. Uno nunca duda, ni se cuestiona, ese tipo de cosas. No hace falta pensarlo una, ni dos veces, solamente nace, y se dice lo que se piensa, lo que se siente.

Madre e hija se abrazaron y entraron al cálido ambiente del hogar.

- ¿Y cuándo vuelve a venir este chico?

Mañana vendrá y traerá ropita. Aprovecharemos su ayuda, y luego que se vaya. No quiero que esté tanto tiempo en la casa.

Capítulo 13

Capítulo VIII

Un amor fuera de contexto

- ¿Cuánto tiempo ha estado viniendo ese Ramiro? – Pregunta Nepomuceno un poco encabritado. Los celos de hombre lo ponían a la defensiva, su visión se nublaba por los vapores de su egolatría.

La tierna pareja platicaba en la cima de un menudo cerro. Veían el atardecer con ojos calmos, y la suave brisa del viento sacudía la frondosa melena de Esmeralda. Entrelazaban sus manos, y Esmeralda se perdía en la mirada de su amor: se besaban, y Nepomuceno se dejaba drogar por los labios de su mujer.

Poco a poco, las luces de la Ciudad Renacimiento se encendían. Las luciérnagas comenzaban a agitar las alas por el oscurecido entorno, y la música de fondo era hecha por el canto de las aves acurrucándose en sus nidos.

- Ese Ramiro se irá muy pronto corazón. Tú no te preocupes.

Esmeralda se acomodaba entre los fornidos brazos de Nepomuceno. Se acobijaba bajo esos brazos que tanto adora acariciar.

Nepomuceno sonreía, y entonces, de un modo relajado le dijo a Esmeralda:

- Ese Ramiro se enlistó ayer en la noche, para formar parte de nosotros. – Esmeralda miró desconcertada a Nepomuceno. Sintió que la sangre se le bajaba hasta los pies.

- Quieres decir que Ramiro…

- Así es. Ahora es un sicario más. Por alguna razón le interesa ganar más dinero. Pobre diablo, sólo es un chapulín más. No le doy más de dos semanas para que lo maten. No tiene madera de asesino, aunque, superó bien la prueba el hijo de su chingada madre.

Cuando Nepomuceno le contó a Esmeralda que Ramiro enlistó para formar parte del narcotráfico, la sangre se le heló, y la boca se le secó. Comenzó a sentirse apretada y bastante ansiosa. Su cuerpo transpiraba, y su cabeza no dejaba de pensar en Ramiro. < No tiene idea en lo que se metió este Ramiro. Ahora estará más cerca de Nepomuceno… y si Ramiro le cuenta a Nepomuceno sobre mí, o sobre lo que hemos hecho, estará

sentenciando su muerte y la mía.>

Esmeralda recapitulaba la última vez que estuvo con Ramiro.

< La última vez que lo vi fue cuando hicimos el amor. Nunca nadie me había hecho sentir tan bien durante el sexo. Creo que nadie, nunca, me había respetado tanto, y al mismo tiempo, me hizo sentir como una mujer amada. Si Nepomuceno se entera de lo que hicimos seguro nos mata. Además, tengo que ocultar bien el anillo de compromiso que Ramiro me ofreció. ¡Dios! ¡Ayúdame en esto! ¿Por qué el corazón se vuelve loco por dos amores diferentes? Si el amor se duda, entonces ya es caso perdido. El amor que se duda pone a uno enfermo. El amor que se pone en tela de juicio, y se mira con desprecio, pone a uno realmente enfermo. ¿Qué es mejor: decirle a Nepomuceno que Ramiro me ofreció matrimonio, y que me obsequió el anillo de su abuela, o negarlo todo, y ocultarlo? >

Esmeralda llevaba dentro del bolsillo de su pantalón el anillo que Ramiro le obsequió como muestra de su sincero amor. Se encontraba entre la espada y la pared1, no sabía que decisión elegir, y su mente la acribillaba con tormentosos recuerdos de ambos.

< Nepomuceno es el padre de mi hijo, así que debo ser franca con él. Debo decirle lo que pasó con Ramiro>

Esmeralda estaba a punto de confesar todo cuando Nepomuceno le robó el turno de la palabra.

- Si ese Ramiro hace algo indebido le apuñalaré cuando se descuide. Si te hace algo, o al bebé, incluso a tu madre, terminará su vida ahogado en el lago, o acribillado en la carretera.

Esmeralda guardó silencio. Ahora, sabía que si decía palabra alguna desataría la furia de Nepomuceno.

- Vigilaré a ese cabroncito muy de cerca. Como suelen decir "mantén a tus amigos cerca, y a tus enemigos aún más cerca"

- ¿No crees que estás exagerando? – Pregunta Esmeralda un poco mortificada.

- Para nada. En esta vida que llevo nada se exagera por el bienestar de mi familia. No confío en ese tipo, pero te ha ayudado, y al bebé, y eso es lo que lo ha estado salvando.

Esmeralda contempló la cruda seriedad de Nepomuceno. Sabía que cuando él se ponía a la defensiva no había nada que lo detuviera, y aquello era completamente natural. El hombre se sentía amenazado

dentro de su propio territorio por un total desconocido.

- Regresemos a casa. – Dice Esmeralda. Se preguntaba ¿qué planea hacer ahora Nepomuceno?

Regresemos. Tengo mucho que hacer. Si mis amigos me vieron haciendo estas cursilerías me estarían mandando a chingar a mi madre, ja, ja, ja.

Capítulo 14

Capítulo IX

Como un sabueso

- ¡Tú, Ramiro, eres alguien a toda madre! – Le dice Nepomuceno a Ramiro con el aliento perfumado a mezcal.

Ramiro y Nepomuceno bebían en una cantina de la zona. Varios narcotraficantes se encontraban tirados y vomitados en el recinto. El ambiente era asqueroso, sombrío y peligroso. En la barra, un narcotraficante sin dinero le pide al cantinero que le fie un par de botellas, y el cantinero al negarse, le pide a su seguridad que saquen al narcotraficante ebrio y drogado. Después, este fulano desenfunda su arma y le apunta al cantinero entre ceja y ceja. El cantinero lo mira provocativamente, sólo unos segundos, y sin meditarlo más de dos segundos, le regala un par de botellas de whisky al inmundo sujeto. Nadie en el lugar se alteró ni se sorprendió, aquello era de lo más cotidiano.

- Gracias. – contesta igual de ebrio Ramiro. – ¿Por qué le llaman "El más tuerzo mi jefe"?

- ¡¿Por qué chingados será Ramiro?! ¡Piensa, no seas pendejo!

- Ja, ja, ja. Claro, pues es obvio. ¡Por pinche demente!

- ¡Ahuevo chingá! Y espero que tú seas igual de loco y agresivo. Mañana iremos a partirle la madre a un pinche camionero que se quiere pasar de verga. El pendejo creé que puede evitar pagarnos, pero está realmente jodido.- Nepomuceno saca una bala, y comienza a jugar con ella sobre la mesa. - Debemos acabar con este pendejo, y así, evitaremos que cualquier otro quiera pasarse de verga con nosotros. ¡Ya cualquier hijo de vecino cree que puede enfrentarse a nosotros! Ja, ja, ja.

- Tú sí que estás desquiciado mi Más tuerzo. ¡Salud por eso! – Brindan con un caballito1 de tequila, después chupan medio limón con sal. Ramiro estornuda después de empinarse el caballito.

- Soy profesional Ramiro, pero cambiando de tema, dime – eructa. - Ramiro, ¿hay alguna perra en tu vida? ¿Alguna puta a la cual debamos proteger?

Las intenciones de Nepomuceno era saber si Ramiro se cogía a su mujer. Se aprovechaba de la ignorancia de su camarada, y en su cuerpo se apreciaba una clara desesperación. Movía su pierna derecha y apretaba los puños, y sin embargo, Ramiro no se percató de esos sigilosos

movimientos. ´

Ramiro tenía la vista en el techo, como si tratase de recordar algo. Dio un leve respiro, y estando a punto de decir el nombre de Esmeralda, se calló. Pensó rápido, y se dijo así mismo que era mejor no decir el nombre de su novia, para salvaguardarla de todo conflicto.

- No tengo perras por el momento. No hay tiempo para esas cosas.

Nepomuceno sintió un alivio en un alma. Su exasperación se apaciguo como un fuego bañado por rocío de la lluvia.

- ¡Siempre hay tiempo para perras! –Nepomuceno se alza de su silla con alocado regocijo. - Ahorita mismo te llevaré por unas, así de compas. Mira, para amoríos, sólo nuestro patrón puede darse ese lujo, y nosotros, sus pinches gatos arrastrados, debemos conformarnos con perras. ¡Vamos de este culo y vamos a buscarte culos de verdad! Esta noche seremos como sabuesos, rastreando buenas nalgas ¡ja, ja, ja!- La aguardentosa carcajada de Nepomuceno retumbó en toda la cantina.

La mesa donde estaban bebiendo quedó vacía. Partieron sin dejar una sola moneda y se fueron a localizar el prostíbulo más cercano.

Nepomuceno iba manejando, y mientras conducía, le pidió a Ramiro que sacara una bolsa blanca de la guantera. Abrió, metió la mano y sacó lo que le pidió.

- ¿Ves lo que hay allí? Es polvo de ángel1e mi Rami. Date una buena llave.

- ¿Qué mierda es el polvo de ángel? – Nepomuceno inhala un poco antes de contestar.

- Esto es el combustible que me hace ser un perro bastardo con mis enemigos. ¡Ah! ¡Dios! Hace que te chifle la mente. Date una buena llave.

Ramiro inhala fuerte el polvo blanco, y espera a llegar a la mancebía3.

La presión cardiaca y la respiración de Ramiro disminuyeron considerablemente.

Llegaron a una cervecería que decía “micheladas4… y algo más”. Aquello era una casa de putas disfrazada de cervecería.

- ¿Te laten las indígenas? –Pregunta Nepomuceno – En este sitio están las serranas más sabrosas que te puedas imaginar. ¡Bien prietas y chamaquitas! Hombre, tu pinche acordeón que te cuelga se te hará casi

tan grande como mi reatota5, ja, ja, ja.

Ramiro no quería verse como un rajón frente a su jefe Nepomuceno.

- Eso no dijo tu mamá anoche cabrón. Ja, ja, ja.

- Ni madre cabrón, me dijo que ni reata traías.

- ¿Quieres verla pendejo? Pero cuidado que te sacas un ojo Ja, ja, ja.

- De ojo me echo un taco. Estás bien wey, mejor ve a enseñarle tus miserias a las putas, ja, ja ja.

Ambos entraron a la supuesta cervecería. Traspasaron una lúgubre cortina que estaba al fondo del establecimiento, oculto en un pasillo. Al pasar, un cadenero, demasiado enclenque para su profesión los detiene.

- ¿Ustedes, par de buchones sinaloenses, a dónde?

- ¡Calma chaparro! Venimos por parte de los rojos6, así que muévete.

El hombrecito se hizo a un lado y les permitió el acceso. Al ingresar al prostíbulo, Ramiro voltea a ver a las chiquitas estaban allí. La mayoría eran niñas indígenas que fueron secuestradas. Algunas de ellas eran damnificadas de los fuertes huracanes que azotaron las litorales del sur de la República Mexicana, otras fueron secuestradas después de un temblor de gran magnitud. La mayoría no sabía hablar español, se comunicaban en nahual, en mixteco, maya y zapoteco.

- Oiga Mi más tuerzo.

- ¿Qué tranza Ramiro? No me vengas a decir que ya se te abrió.

- No, no es eso. ¿Quiénes son los rojos?

- ¡Ah! Aquellos son unos pobres indígenas que se creen narcotraficantes por escucha música de banda, y porque visten como nosotros. Son unos gatos que juegan a vender drogas. El patrón les dio chance de unirse a nuestro cartel; pero claro ellos son los que pagan la cuota de admisión. El pez más grande es el que sobrevive Ramiro. ¡Ah! –Aspira y agita la cabeza. - El efecto del ozono7 comienza sentirse ¡chingón!

Las paredes estaban mohosas, agrietadas, el techo parecía que se derrumbaría. < Mínimo deberían mantener estable el changarro con todo el dinero que se ganan> pensaba Ramiro mientras veía a las niñas

indígenas que se les acercaban.

- Le diré a uno de los rojos que te dé a una de sus mejores niñas. ¿Qué te gusta? ¿12, 13 años? ¿15, 16?

- Pues, no tan morrilla compadre.

- No seas joto. ¿Qué edad tienes?

- Diecisiete, pero…

- Ya no digas mamadas. Una de trece años te pediré.

Nepomuceno fue a buscar a uno de los rojos y exigió que le llevaran, a su amigo Ramiro, la niña de trece años más sabrosa que tuviera. El rojo llevó a una niña de rasgos zapotecos, vestida únicamente con pantis.

- Atáscate Ramiro. Sé un perro rabioso, como un sabueso, recuerda lo veníamos platicando – Nepomuceno le da unas palmadas en la espalda.

Ramiro saca de sus pantalones su cartera, su celular, y la poca morralla que traía; le pide a Nepomuceno que cuide de sus pertenencias hasta que termine. Nepomuceno alzó las cejas, sonrío y aceptó, y así, Ramiro se fue confiado a una deprimente y desolada habitación. Al entrar contempló manchas de semen esparcidas en todo el piso, sobre el colchón y las cobijas. La niña se colocó sobre la cama y separó sus delgadas piernas. No tenía expresión la niña, sólo era un rostro pintado, seco, sin emoción. Se sentía como algo sin vida, un bulto, un cuerpo más en el universo. – ¡Por favor no hagas eso! – Le decía Ramiro a la mujercita.

En lo que Nepomuceno esperaba, bebiendo un cubalibre9, el celular de Ramiro empezó a sonar. Él planeaba silenciar el móvil, pero, cuando miró quien lo llamaba, sentía que su corazón se paralizaba, y que su cabeza explotaba. Apretó los puños muy fuerte, y estando a punto de reventar de histeria, contestó la llamada, mas no dijo nada, sino que esperó a que Esmeralda fuera la primera en hablar.

- ¡Ramiro! ¡Amor!- dijo ella.

Nepomuceno quería ofenderla tras la bocina, sin embargo se mantuvo y controló el furor que hervía su sangre.

- ¿Ramiro? ¿Estás ahí? Sólo quería decirte que traigo puesto el anillo de compromiso que me diste, y quiero irme contigo. –Hubo silencio, en la línea. Ramiro contestó con una ira ahogada.

- Estás muerta ¡pinche puta! – Colgó el celular, dejó las pertenencias de Ramiro en una mesa, y salió de la asquerosa bohardilla. Se quitó la pistola del cinto cuando se subió a su automóvil. Arrancó, y en el trayecto a casa de Esmeralda, maldecía su nombre una y otra vez. < "Estás muerta pinche puta"> Era lo único pensamiento que su cabeza repetía.

Capítulo 15

Capítulo X

Lo que fue de mi hogar

– ¡Por favor no hagas eso! – Le decía Ramiro a la mujercita.

Ella lo miró desconcertada. Nunca antes un hombre le había dicho que no hiciera, lo que estaba a punto de hacer.

- ¿De dónde eres? – pregunta Ramiro.

Parecía que no quería hablar, como si alguien le hubiese hurtado la voz. Ramiro miró a la niña con ojos piadosos, y al verla desnuda, se quitó su chamarra y se la dio para que tuviera con qué taparse.

- Es mejor que te la pongas – dice. – Así evitarás un resfriado.

Él se sentó al borde del repugnante colchón, y no paraba de apreciar la tierna cara de la niña.

- ¿Hablas español? – le preguntó, y ella afirmó con la cabeza. – ¿Cómo te llamas?

La niña alzó sus cristalinos ojos negros, y luego, con la voz adormilada le contestó.

- Nunca me habían dicho que habla. Todos los hombres me dicen que me calle, y que no hable con ellos… me llamo Itza.

- Itza… lindo nombre. –Habló Ramiro con dulce voz.

- No sé qué significa.

- Eso no importa. ¿De dónde eres? ¿Tienes familia?

La pequeña niña calentaba sus piernas con sus manos. También se rascaba los brazos, que los tenía picoteados por los zancudos.

- Soy de Tlapa.

- ¿Cómo fue que terminaste aquí? – Ramiro no podía imaginas la mala suerte de aquella joven de rasgos étnicos.

Su cuerpo parecía de barro agrietado. Su pelo era grueso, oscuro, lacio y muy largo. Parecía que no lo había enjuagado en semanas. Sus ojos eran

pequeños, de nariz gruesa, aguileña, y sus labios estaban deshidratados.

Sus piernas estaban moreteadas, al igual que su espalda. Tenía muchos lunares debajo de su tierno busto, que empezaba a madurar. Toda ella era una flor que apenas iba a embarnecer.

- Mi padre me perdió en una apuesta, tratando de salvar su pellejo. Debía dinero, y me apostó y perdió en un juego de cartas, aquí, en este mismo lugar.

Ramiro no podía creer la tragedia y la triste nana. Siguió preguntándole más cosas de su corta vida.

- ¿No extrañas la escuela? ¿Qué quieres ser de grande?

- Aquí no existe a edad realmente. Todos te tratan igual, sin corazón. Cuando iba a la escuela, soñaba con ser medallista olímpica. En la tele veía cómo ganaban medallas en las olimpiadas, pero en mi escuela sólo se jugaba futbol, y mí no me gusta el futbol. Además de que sólo los niños podían jugarlo.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

- El tiempo avanza tan lento aquí, que lo he olvidado. Antes, el dolor que sentía era una señal para que no me hundiera, y ahora, no soy capaz de sentirlo. Creo que me he hundido. Extraño mucho a mi mamá, y mi cuerpo ya es incapaz de llorar. Se secaron mis lágrimas porque lloraba todos los días.

Ramiro veía en esa niña una enorme valentía. Esa niña vive en un infierno todos los días, y continúa de pie, intentando sobrevivir. Itza le platicó que vive encerrada, junto con otras niñas, en unas bodegas subterráneas. Su única posesión es una imagen religiosa de la Virgen de Guadalupe, y un cepillo de plástico con las cerdas rotas.

- Aquí ocurre de todo. Hombres y mujeres vienen para tener sexo con nosotras. Saben que estamos chiquitas, dicen que estamos tiernitas. La más grande ha de tener dieciséis años.

- ¿Y qué pasa cuando crecen?

- Pues, las venden a otras casas de putas, o de plano se deshacen de ella; matándola, abandonando su cuerpo en la sierra.

Era el fuerte de las prostitutas, un prostíbulo que operaba las veinticuatro horas. La fama del lugar, y su delincuencia, ahuyentaba a cualquiera que

no formara parte de la colonia.

- Se nos acabó el tiempo. – Dice la niña mientras le devuelve la chamarra a Ramiro.

- Consérvala. Un gusto conocerla, pequeña damisela. – Ramiro se da media vuelta, y se detiene bajo el marco de la puerta. – Rezaré por ti. ¡Cuídate!

- De nada sirve rezar, pero agradezco el detalle.

Ramiro salió de la habitación, pensativo y desilusionado, con el nudo en la garganta, sintiéndose impotente. Caminaba bajo las luces rojas del corredor, buscando a Nepomuceno entre los borrachos de las mesas.

Paseándose entre las mesas encontró su teléfono y sus demás pertenencias. Miró, desconcertado, por todas partes, intentando encontrar a su camarada.

Ramiro llamó a Nepomuceno, pero lo enviaba a buzón1, luego marcó al teléfono de Esmeralda, pero en ese momento la batería de su teléfono se descargó.

Fuera de preocupaciones, Ramiro pidió una cerveza, y se sentó pensando que en cualquier momento llegaría Nepomuceno. "- ¡Las niñas de aquí están muy buenas! -" Ramiro voltea a ver a unos centroamericanos que entran eufóricos. < Malditos perros> piensa Ramiro, que lo acosa con la mirada. Contempla como como los cuatro centroamericanos comienzan a juguetear bruscamente con las niñas, Los Rojos cuidaban de que no se hiciera nada más estúpido, y los dejaban manosear a las niñas. Uno de ellos pagó la cuenta de todos para que pudieran tener relaciones sexuales con las menores. < ¡Qué chinguen a su madre esos cabrones!> se decía Ramiro a sí mismo dentro de su cabeza. < Ojalá y les corten el pito a esos bastardos.> Ramiro salió del prostíbulo, y ya estado a fuera, entendió que Nepomuceno lo había abandonado, a la mitad de la nada, en quién sabe dónde, sin manera de regresar a su casa. < Espero que ese wey se allá abierto a la verga por buenas razones, sino que hijo de puta. > Ramiro caminó por el camino de terracería, con su arma reflejada a la vista de todos. Se encendía un cigarro mientras iba cuesta abajo del cerro donde estaba extraviado. Su mente no dejaba de pensar en la roñosa vida de las niñas prostitutas, y de los trúhanes que sólo van a joderles más la existencia. < ¡Qué desgraciados! > Se decía entre dientes. < ¿Qué habrá sido del hogar de esas niñas? La mayoría de todas ellas eran niñas indígenas; secuestradas después de que sus pueblos sufrieran catástrofes naturales. ¿Sus familias habrán dejado de buscarlas?> Ramiro bajó hasta que encontró la carretera que lo regresaría a la Ciudad Renacimiento. < Podría marcarle a Peter y pedirle que venga por mí. No. Mientras más lo

aleje de esto mejor.>

Ramiro pidió aventón a un carro que pasaba, solo en la carretera. El conductor también se dirigía a la Ciudad Renacimiento.

- Es peligrosa esta zona mi amigo. – Le hablaba el conductor a Ramiro, que se acomodaba en al asiento del copiloto.

- Lo sé, mucho chacal salió esta noche.